

# ORALIDAD, PROCESO Y ESTRUCTURA

Johannes KABATEK

*Universität Freiburg im Breisgau*

1.

**H**ace unos años, en un trabajo de comparación del habla de los taxistas de la Ciudad de México y de Madrid<sup>1</sup> que sirvió para proponer una «sociolingüística interurbana», presenté una interpretación estructural de algunos de los fenómenos observados. El objetivo del artículo fue, por un lado, metodológico, proponiendo criterios para la selección de un grupo social determinado cuyas características lingüísticas servirían de base para la comparación de variedades de una lengua en distintas ciudades y, por el otro lado, empírico, ya que pretendía señalar las tendencias tipológicamente opuestas del sistema fonológico español de ambos lados del océano. Como en muchas situaciones lingüísticas, también en los casos estudiados se podían observar ciertas diferencias en el habla de los individuos según el grado de formalidad de los enunciados. Se trataba, en aquel trabajo, de poner de relieve las diferentes tendencias fonéticas en el habla espontánea de los taxistas madrileños y mexicanos, con importantes consecuencias sobre el consonantismo, en un caso, y sobre el vocalismo, en el otro; tendencias que contrastaban con la aparente unidad lingüística en un nivel formal. Mientras que en el habla informal de los taxistas madrileños (como representante del español peninsular coloquial) las tendencias predominantes eran la simplificación o reducción de los grupos consonánticos cultos y la caída de consonantes en posición posnuclear, sin alteraciones de las vocales, la tendencia predominante en México fue justamente la contraria, de síncopas vocálicas junto a la conservación de las consonantes en todas las posiciones y en los grupos cultos. Estábamos, pues, ante un caso de descripción contrastiva de un posible «change from below» en la terminología de Labov<sup>2</sup>, de innovaciones lingüísticas del habla espontánea, del discurso oral<sup>3</sup>. La interpretación del fenómeno de las vocales caedizas dada en el trabajo mencionado, extrapolable a fenómenos de índole semejante, fue la siguiente:

Suponiendo la existencia de una variedad sintópica y sinestrática de los taxistas de la Ciudad de México, se puede observar variación diafásica en por lo menos dos estilos diferentes:

- a) estilo formal, elaborado, con orientación en la variedad escrita,
- b) estilo informal, menos elaborado, de concepción oral.

En cuanto a las vocales, las características de las dos variedades son las siguientes:

- a) se pronuncian todas las vocales como en la lengua escrita, salvo en casos ya lexicalizados,
- b) se pueden pronunciar todas las vocales, o pueden caer todas las vocales átonas e incluso tónicas según ciertos criterios como la expresividad, el entorno consonántico, tema / rema, importancia de lo dicho en el discurso etc.

Hay elementos que pueden pasar del estilo b) al estilo a), si en b) la caída vocálica es general. Son casos de lexicalización en b) y de interferencia con b) en a).

Los criterios de elección de uno u otro estilo pueden ser los siguientes:

- a) intención de hablar de manera formal, porque este estilo se considera socialmente más elevado o con más prestigio, intención de hablar con más claridad, p. ej. cuando se habla con extranjeros, intención de distanciarse, etc.
- b) intención de hablar en un estilo informal, relajado, familiar, libre, oral, de poca distancia, etc.

La conclusión me sigue pareciendo válida, pero algo parcial y reductora, sobre todo si se intenta salir de los límites de un marco puramente estructuralista, sin por ello abandonarlo por completo<sup>4</sup>. Aún así, se encuentran aquí algunos aspectos fundamentales y necesarios para la descripción de las variedades lingüísticas y su relación con lo oral y lo escrito:

- el hecho de que las variedades se puedan y deban describir, desde el punto de vista del nivel del sistema (que no es el único existente), como unidades discretas,

- el hecho de que en el habla no necesariamente aparezcan como tales, y que la copresencia de distintas variedades en la competencia de un individuo lleve a interferencias y a una continua interrelación entre las variedades en contacto,

- el hecho de que haya, en comunidades de presencia de una lengua escrita, una relación importante entre la variación diafásica y la distinción entre escrito y oral.

En los últimos años, me he ocupado del tema de la relación entre oralidad y literalidad en repetidas ocasiones, tanto desde el punto de vista teórico como empírico<sup>5</sup>, a la luz de lo cual me permito ahora no corregir, sino completar lo dicho hace casi diez años, desarrollándolo con unas reflexiones más globales sobre la relación entre oralidad y literalidad.

2. El estructuralismo como paradigma predominante de la lingüística del siglo XX parece particularmente hostil a la variación: la *langue* saussuriana es, por definición, unitaria, y Saussure mismo postula la eliminación de la variación como principio metodológico previo al análisis del funcionamiento de un sistema lingüístico: de ser necesario, habrá que aislar los diferentes dialectos de una lengua para estudiar cada uno como lengua sin elementos resultantes de la mezcla con otra, como sistema lingüístico homogéneo y unitario<sup>6</sup>.

Dada la dificultad de encontrar tales sistemas unitarios, este principio metodológico se ofreció a lo largo del siglo XX como un callejón sin salida ante el que la lingüística ha propuesto dos alternativas:

- rechazo a la teoría de Saussure y del estructuralismo en general como edificio teórico considerado arbitrario, artificial e inadecuado a la descripción de los hechos lingüísticos,

- crítica de un estructuralismo absoluto la cual parte del supuesto de la existencia de estructuras y partes estructuradas en el lenguaje humano, sistemas que se pueden y deben describir como tales, pero que al mismo tiempo propone ampliaciones y alternativas para la descripción de lo no estructural.

Volveremos sobre la primera tendencia más adelante. En cuanto a la segunda de las tendencias, ya se han hecho clásicos los conceptos de descripción variacional de Leiv Flydal, que introducen, en analogía al concepto y término de la variación *diacrónica*, la variación *diatópica* y *diastrática*<sup>7</sup>, difundidos a través de los escritos de Eugenio Coseriu, quien añade, como tercera dimensión de la *arquitectura* de la *Lengua histórica*, la variación *diafásica* o estilística<sup>8</sup>.

Debemos insistir en que estos conceptos se desarrollaron dentro del estructuralismo y con el fin de una descripción estructural adecuada, y que posteriormente pasaron a difundirse ampliamente y a ser usados en contextos muy diversos. En un principio, los términos concretan los postulados de Saussure: antes del análisis estructural hay que aislar una variedad homogénea, es decir, en el edificio tridimensional de la lengua histórica, hay que buscar una variedad sintópica, sinestrática y sinfásica<sup>9</sup>. Cuando, por ejemplo, se ofrece una descripción del «sistema fonológico del español» sin mayores precisiones, se suele partir, al menos implícitamente, de una variedad sintópica (de un lugar determinado), sinestrática (de ciertos grupos sociales) y sinfásica (de una determinada situación comunicativa), generalmente la del estándar, que se suele identificar con el habla cuidada de las personas cultas de las ciudades. A veces se dan precisiones de una de las dimensiones, dejando implícitas las demás, como cuando se habla, por ejemplo, del vocalismo del andaluz oriental, sin precisar que se habla, en realidad, de la variedad de los andaluces orientales de ciertos estratos sociales en determinadas situaciones (generalmente informales), etc.

Cuando se intenta, en un estudio de índole estructuralista, precisar el estatus de una variedad determinada o de una serie de ellas, no se determina ni el «empleo» de tales variedades en el habla de los individuos ni se llega a establecer su relación con la variación entre lo oral y lo escrito (que tan fundamental parece). La razón es simple: no es que tal variación se niegue, sino que el fin de la descripción de las variedades es precisamente la homogeneidad dentro de la heterogeneidad, y la heterogeneidad se describe, en la teoría variacional estructuralista, más bien de forma negativa, como lo que se excluye conscientemente a través de una metodología particular. Y en cuanto a la lengua escrita, se excluye cuando se parte del lenguaje hablado como manifestación primaria del lenguaje humano<sup>10</sup>. El «malentendido» se produce cuando los conceptos estructuralistas, cuyo fin es la exclusión de la variación, son tomados como aptos para la descripción de los fenómenos de la variación en su totalidad: es como si en la cartografía se intentara partir de los mapas bidimensionales para la reproducción del relieve, del material o del color de las montañas. La mera conclusión de la ausencia de esos elementos en los mapas no justifica el rechazo de éstos por considerarlos inventos irreales sino que debería llevar a apuntar la necesidad de la aplicación de otra metodología y de otra terminología para la descripción de lo que no aparece en los mapas.

Partiendo de este malentendido fundamental, se le añaden otros, que en el fondo no son más que prolongaciones de éste o sus efectos secundarios. En este sentido, cuando Gaetano Berruto habla de «l'inadeguatezza della nozione strutturalista classica di 'sistema' [...] per cogliere e descrivere la variazione linguistica» (Berruto 1987, 27) refiriéndose al hecho de que en la realidad empírica no sólo se encuentran variedades «discretas» sino «continuos de variedades», lleva razón en el sentido de que no todo lo variacional se puede describir en términos de variación del sistema, pero esto no quiere decir que la noción de «sistema» como tal no sea válida. Otros investigadores, viendo que la descripción variacional de los «sistemas» lingüísticos no es suficiente para describir los actos de «empleos» de las variedades, para la conciencia que los hablantes tienen de la variación o, en última consecuencia, para la descripción de la variación en su totalidad, echan mano de otros conceptos para arreglarlo, provocando, sin embargo, confusiones aún mayores. Un ejemplo de ello lo ofrecen los diversos intentos de resolver el problema de la descripción de la variación por medio de la diferenciación coseriana entre *sistema* y *norma*. Varios autores<sup>11</sup> se han preguntado si no sería mejor hablar de variedades lingüísticas en casos en los que no hay diferencias de dos sistemas, pero sí de dos *normas* diferentes. Al mismo tiempo, se propone que diferencias entre dos sistemas ya constituirían diferencias entre dos *lenguas*. Como bien señala Peter Koch<sup>12</sup>, esta manera de ver las cosas se halla —por lo menos implícitamente— muy difundida. Pero si el objetivo del término «variedad», por lo menos en su origen, fue *por definición* el de situar *sistemas* lingüísticos, es absurdo ampliarlo a las meras diferencias de normas, porque sería como quejarse de que la palabra «yema» no abarque todo el huevo. Y la afirmación de que

habría que hablar de «lenguas» cuando se habla de variedades diasistemáticas o bien es de carácter circular o bien confunde campos totalmente diferentes. Es circular si por «lengua» se entiende «lengua funcional»: la definición de variedad lingüística en el sentido funcional es precisamente la de un sistema diferente a otros, una «lengua funcional». Decir que las variedades son lenguas equivale, en este sentido, a afirmar que las variedades son variedades. Si, en cambio, por «lengua» se entiende «lengua histórica» como por ejemplo *lengua francesa*, *lengua española* etc., se confunde el estatus sociolingüístico de una lengua histórica (como conjunto de variedades) con la definición de la lengua funcional. Aceptando una definición estructural-funcional de la lengua histórica, deberíamos aceptar también que por ejemplo el andaluz oriental, con su sistema de siete fonemas vocálicos, sería una «lengua» diferente del castellano, mientras que el andaluz occidental debería clasificarse como *variedad* del mismo<sup>13</sup>. Si el logro de la terminología coseriana fue la separación clara y adecuada de las cosas, en la recepción se vuelven a mezclar erróneamente. Pero ningún error es sólo error, y lo que se esconde tras estos intentos de apaños terminológicos no es otra cosa que el intento de señalar que hay otras perspectivas que la meramente funcional, pero las soluciones evidentemente no se pueden hallar dentro de esta perspectiva.

En realidad —y resulta tan evidente que uno se pregunta por qué siempre se confunde— la perspectiva de los hablantes no es la de la lingüística funcional. Para los hablantes, las tradiciones lingüísticas o *normas* realmente aparecen de forma diferenciada, sean estas normas correspondientes a sistemas distintos o no. Para un francés de París un hablante de francés estandar meridional es reconocible por la pronunciación de /e/ muda final, la mayor apertura de las vocales y su nasalización palatalizada. Un andaluz occidental, que realiza el fonema /s/ en ciertas posiciones de forma aspirada, puede ser considerado, por un hablante de Madrid, como hablante de una variedad diferenciada igual que un andaluz oriental, aunque el andaluz occidental realice el mismo sistema que el madrileño, mientras que el andaluz oriental realiza otro distinto. La conclusión podría llevarnos al rechazo de la perspectiva funcional y a la idea de que tal perspectiva es un producto artificial de los lingüistas que poco tiene que ver con la percepción y clasificación de los hablantes que diferencian cualquier tipo de tradición independientemente de su posible diferencia funcional. Pero esta conclusión negaría el carácter fundamental de los sistemas lingüísticos como sistemas de oposiciones funcionales. Una conclusión adecuada debería simplemente tener en cuenta que la perspectiva de la tradición y la del sistema son distintas (de ahí la razón fundamental de la diferenciación entre *sistema* y *norma*) y preguntarse, en segundo lugar (lo que no se ha hecho aún de manera satisfactoria) cuál es la relevancia de las diferencias diasistemáticas para los hablantes. Pero para solucionar el dilema terminológico (resuelto, en principio, por la terminología coseriana tradicional), podríamos introducir una diferenciación nueva y hablar de *variedades paradóticas* (del griego, παραδοσις «tradición») o simplemente de *variedades*

*dianormales* en el caso de la perspectiva de las normas lingüísticas y reservar el término *variedades sistemáticas* o *diasistemáticas* para las variedades funcionales de la perspectiva estructural. Y en analogía al término *diasistema* (creado por Uriel Weinreich) se podría hablar de *dianormas*<sup>14</sup>. Esta diferenciación se podría esquematizar de la manera siguiente:

<b>lengua histórica (con denominador común)</b>
<b>variedades paradóticas o dianormales (conjunto de normas)</b>
<b>variedades diasistemáticas (sistemas correspondientes)</b>

Una vez establecida esta diferencia, se resuelven numerosas discusiones de la lingüística variacional. Existe, por ejemplo, un largo debate sobre la cuestión de si las variedades lingüísticas son unidades discretas o si entre ellas hay un continuo. Las variedades funcionales por definición son discretas, ya que un sistema puede solo ser uno u otro. Entre las normas, sin embargo, puede haber una evolución continua: así, entre la realización cero del fonema /s/ en posición implosiva y su realización «plena» puede haber interminables estadios intermedios, que pasarán por distintos grados de aspiración: un continuo en el nivel de la variación paradótica o dianormal al lado de unidades discretas en el nivel de la variación sistemática.

#### Continuo de Normas (variedades paradóticas o dianormales)

---

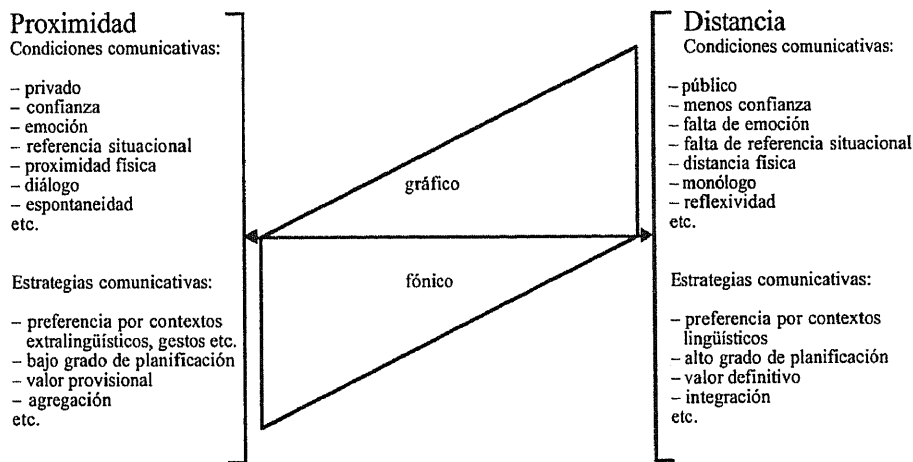
V1 V2 V3 V4 V5 V6 V7 V8 V9 V10

unidades discretas (variedades diasistemáticas)

3. Saliendo de la lingüística variacional que investiga la variación con el fin de la descripción de sistemas y de normas, no faltan intentos de abarcar los fenómenos de la variación lingüística, incluida la variación entre lo oral y lo escrito, desde su propio funcionamiento en los actos comunicativos. En la tradición de la «romanística» alemana, la propuesta más destacada de los últimos años ha sido la de la Escuela de Friburgo, en particular, de Peter Koch y Wulf Oesterreicher. En toda una serie de trabajos<sup>15</sup>, Koch y Oesterreicher llegan a desarrollar una teoría comunicativa de «proximidad» y «distancia», dos términos estrechamente relacionados con los de «oralidad» y «escrituralidad» (al. *Schriftlichkeit*)<sup>16</sup>. De un

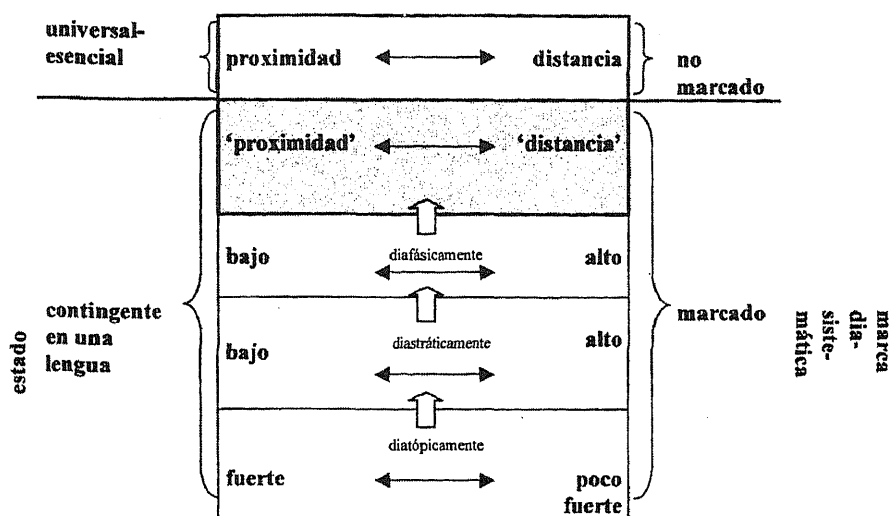
trabajo póstumo de Ludwig Söll, Koch y Oesterreicher adoptan la distinción entre el «medio» de realización de un texto y su «concepción»: un texto puede ser gráfico o fónico en cuanto al medio, e independientemente de éste, escrita u oral la concepción. Es decir: un diálogo informal entre dos amigos en la calle es de concepción oral y se suele realizar en medio fónico, pero se podría transcribir, por ejemplo en un trabajo lingüístico, con lo cual se trasladaría a otro medio sin cambio de la concepción. Un discurso elaborado pronunciado en un parlamento suele ser de concepción escrita (y a menudo basado directamente en un texto escrito), pero se presenta en medio oral. A esta distinción fundamental hay que añadir dos aspectos más: primero, que el límite entre el medio fónico o gráfico es discreto, sin posibles formas de transición, mientras que entre la concepción de un texto oral y la concepción de un texto escrito hay un continuo de interminables formas intermedias (p. ej. una conversación coloquial, tertulia, entrevista pública, discurso público, carta personal, carta oficial, texto jurídico etc.). Segundo, que, dado que la relación entre medio y concepción no es directamente causal, se trata de una relación cuantitativa, de frecuencia general de los textos. Es más probable que un texto de concepción oral se presente de forma fónica que no de forma gráfica, y viceversa.

Para evitar la confusión terminológica, Koch y Oesterreicher sustituyen los términos de «concepción escrita» y «concepción oral» por *distancia* y *proximidad*, que forman los dos puntos extremos de un continuo universal del hablar, dos polos que se pueden determinar a través de una serie de parámetros, según el esquema siguiente, cuyos triángulos representan la frecuencia de los textos<sup>17</sup>:



Koch y Oesterreicher no se limitan sin embargo a ofrecer un esquema universal de las condiciones comunicativas entre los dos polos sino que pretenden, además, aplicarlo a la organización interna de las lenguas históricas y a sus variedades. Para ello, combinan los conceptos de la lingüística variacional tradicional con la idea del continuo entre proximidad y distancia: los elementos lingüísticos se pueden colocar en un sistema de ejes de marcación diasistemática (diatópica, diastrática, diafásica). Ya Coseriu había señalado que existe una interrelación entre las distintas variedades, que una variedad diatópica puede funcionar, dentro de una comunidad determinada, como variedad diastrática y una variedad diastrática como variedad diafásica (y, por lo tanto, una variedad diatópica como variedad diafásica), pero no al revés. Es decir, que un dialecto puede «funcionar» como sociolecto cuando a sus hablantes se les considera personas pertenecientes a un estrato social determinado; o un sociolecto puede funcionar como «estilo», como suele ser el caso de ciertos sociolectos de clases bajas que funcionan al mismo tiempo como estilos informales. A esta «cadena de variedades» de los tres ejes, Koch y Oesterreicher añaden dos ejes más: en primer lugar, dentro de la descripción de las variedades lingüísticas de una lengua, la diferencia entre proximidad y distancia como dimensión propia a una lengua histórica determinada, ya que parten del supuesto de que puede haber variedades o elementos en una lengua histórica que no se asocien ni a un dialecto, ni a un sociolecto ni a un estilo determinado, sino inmediatamente a proximidad y distancia —generalmente a la lengua hablada y a la lengua escrita. Así, el pretérito simple francés sería una forma dialectal, social y estilísticamente no marcada, pero sí marcada ante todo como «de distancia» o «de lengua escrita»<sup>18</sup>. En segundo lugar, añaden un eje «universal» de proximidad y distancia, fundamento universal de todas las dimensiones de variación y con proyección sobre todas las variedades de una lengua determinada. Es decir, según Koch y Oesterreicher, en toda variación lingüística subyace el principio organizador de proximidad y distancia. En este sentido, una forma diatópicamente muy marcada (y, en la misma línea, una forma diastráticamente «baja» o diafásicamente «informal») se suele asociar con proximidad, mientras que una forma diatópicamente poco marcada (o una forma diastráticamente «alta» o un estilo «formal») se asocia más bien con distancia. Si el conjunto del edificio de la variación está organizado según los criterios de proximidad y distancia, y estas categorías se relacionan con una clara preferencia en cuanto a su realización medial, habrá una relación —por lo menos indirecta— entre medio y variedades<sup>19</sup>:



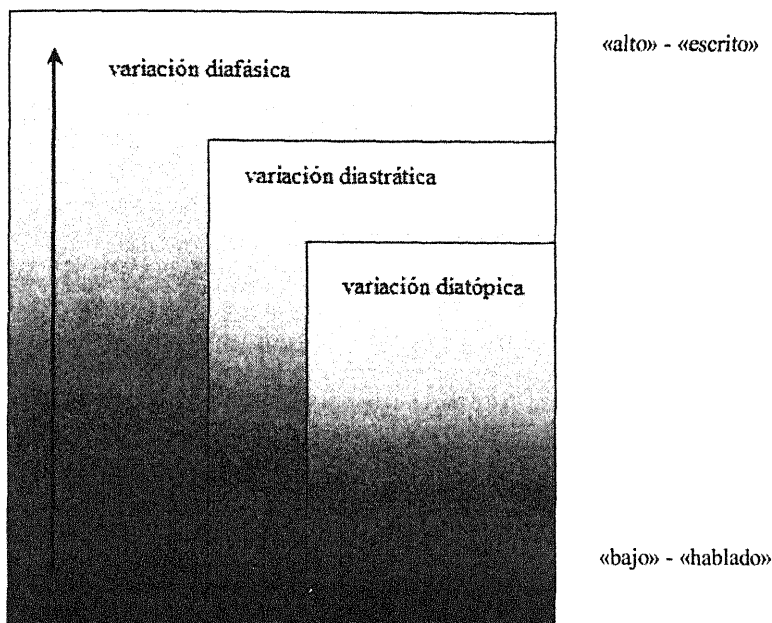


Aquí lo novedoso es que se plantea el problema de las variedades no como problema de metodología para aislar un objeto que se sitúa fuera de la variación (un sistema lingüístico) sino que se intente partir de la correlación entre los distintos sistemas en el habla. La perspectiva ya no es «sin-» (-tópica, -estrática -fásica) sino «dia-». Se trata de la determinación del estatus relativo de los elementos que aparecen en el habla, con el fin de describir las «marcas diasistemáticas» de cada elemento, marcas no absolutas, dado que no se trata ya de unidades discretas, sino relativas a lo largo de los cuatro continuos.

Los conceptos de Koch y Oesterreicher han sido ampliamente adoptados. Sin embargo, han provocado también una serie de críticas<sup>20</sup>. Se ha criticado, entre otras cosas, que se mezclen criterios universales con criterios de lenguas como sistemas lingüísticos, y que, además, en la aclaración terminológica que sustituye las concepciones mediales oral y escrito por proximidad y distancia, se pierda el aspecto medial de la diferenciación y el hecho de que muchas de las evoluciones de las sociedades literales sean impensables sin la existencia de la escritura, aunque evidentemente exista también un lenguaje «de distancia» en sociedades no literales. El aspecto más discutido ha sido probablemente la cuestión de si es necesario añadir la dimensión de proximidad y distancia como dimensión propia de la arquitectura de una lengua histórica, o si ésta es abarcable bajo la dimensión diafásica. Como se ha dicho, según Koch y Oesterreicher se encuentran en muchas lenguas elementos claramente asociados a la lengua «de distancia», o, más concretamente, a la lengua escrita y no asociables a otra dimensión de variedad

como el citado perfecto simple en la gramática del francés escrito. A esta idea, otros lingüistas como Jörn Albrecht<sup>21</sup> oponen que todos los elementos que Koch y Oesterreicher clasifican como «de distancia» o «de la lengua escrita» quepan perfectamente bajo la variación diafásica y que se trate de elementos de connotación estilística elevada.

En un trabajo sobre este aspecto<sup>22</sup>, hemos señalado que parece innecesario añadir otra dimensión de variedad más allá de las tradicionales y sería contrario al postulado primario de la ciencia que nos aconseja no complicar la descripción más allá de la complejidad de los objetos<sup>23</sup>. No hay razón para añadir una dimensión más en la teoría estructural de la variación lingüística: todos los hechos clasificados como pertenecientes a una variación «diamésica» o de «proximidad» y «distancia» son o bien hechos universales, no pertenecientes a la «gramática» de una variedad determinada, como los anacolutos, las correcciones, los fenómenos de vacilación, etc. o bien son clasificables como pertenecientes a la variación diafásica, o sea, estilística. Y si encontramos, como en el caso del francés de Francia, elementos como el *passé simple* que prácticamente no aparecen en el lenguaje hablado, esto quiere decir que pertenecen a una variedad diafásica que generalmente se conserva sólo por escrito; a un «estilo» escrito y diafásicamente alto. En la historia concreta de una lengua particular, algunas variedades se escriben, otras no (o algunas se escriben más frecuentemente que otras). Lo que se escribe son, en su mayoría, textos «de distancia» y no «de proximidad». Esto lleva a la identificación de ciertas variedades con la lengua escrita y de otras con la lengua hablada. Puede incluso haber técnicas lingüísticas nacidas en la lengua escrita (o, mejor dicho, en la reflexión que permite el proceso de escritura), pero todas esas técnicas adquieren inmediatamente valor estilístico y pertenecen, por lo tanto, a la variación diafásica. En las lenguas de cultura con fuerte presencia de la lengua escrita (como es el caso del francés, del español o del alemán), la identificación de ciertas variedades diafásicas con la lengua escrita y de otras con la lengua hablada puede ser muy alta, lo que puede llevar a que toda la variación diafásica esté marcada por la oposición entre lo oral y escrito. Es más: si lo oral y lo escrito marcan la diafasia y ésta, a su vez, está relacionada con todas las demás dimensiones de variación a través de la mencionada «cadena de variedades», se puede incluso decir que toda la arquitectura de la lengua está caracterizada por la oposición entre lo oral y lo escrito, según el esquema siguiente:



Únicamente en comunidades de presencia general de la lengua escrita es donde todo el edificio de variación puede estar marcado por el eje escrito-hablado. Y en el esquema llamará la atención que se haya vuelto a los términos *escrito* y *hablado* y no a los de *proximidad* y *distancia*. Con eso no se pretende negar el hecho de que existan «proximidad» y «distancia» como factores universales del hablar, pero también hay que insistir en el hecho de que en las sociedades donde la lengua escrita es una referencia continuamente presente para los hablantes, la «distancia» se expresa generalmente por escrito o por variedades asociadas a la lengua escrita, y que las técnicas particulares de la lengua escrita se deben (por lo menos en parte) a las posibilidades de elaboración que ofrece este medio.

4. Tengamos en cuenta, pues, que hay variedades asociadas con la lengua escrita y otras asociadas con la lengua hablada y que la selección de las variedades por parte de los hablantes depende de los factores de «proximidad» y «distancia». Además, en numerosos casos, al continuo pragmático-comunicativo entre proximidad y distancia le corresponde un continuo *semasiológico* de realizaciones de elementos lingüísticos. Entre una forma «de distancia» como *muchas gracias* y una forma «de proximidad» como *muchs grass* en el español de México hay un continuo de posibles grados de síncope vocálica<sup>24</sup>. Dejemos de lado por el momento si se trata de dos variedades o no. Lo que es cierto es que tanto diacrónica como sincrónicamente ambas realizaciones están relacionadas: las síncope derivan de las formas no sincopadas, y es de suponer que los hablantes que realizan las

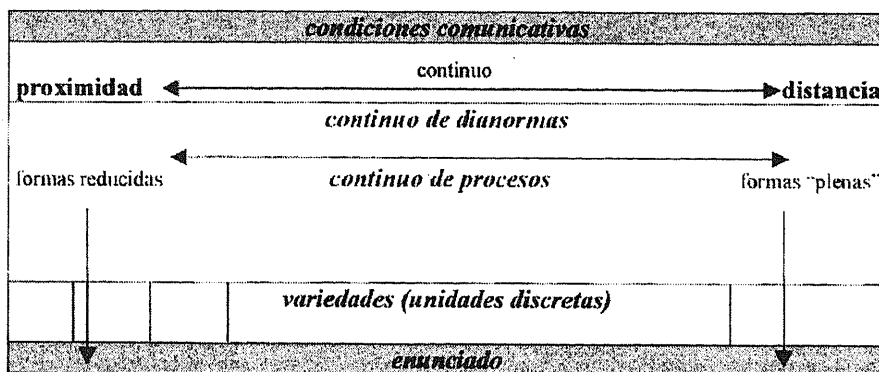
formas sincopadas disponen de las formas «plenas» en su competencia. Aún más: como todas las formas sincopadas son derivables de las formas no sincopadas y los mismos hablantes generalmente son capaces de realizar las formas plenas al lado de las reducidas, es muy probable que éstos no dispongan, en su competencia, de dos sistemas separados sino de uno solo, y que las realizaciones sincopadas deriven de las no sincopadas por medio de la aplicación de ciertas reglas o de *procesos* que permiten la eliminación de las vocales en contextos determinados. En términos de la fonología generativa tradicional, las formas sincopadas serían formas de superficie cuya estructura no sería otra que la de las formas plenas. No importa si partimos de una descripción más bien tradicional o si preferimos una descripción «de moda» como la de la teoría de la optimalidad: en ambos casos se supondría una estructura fonológica «plena»<sup>25</sup>. La realización del estilo «coloquial» o «allegretto»<sup>26</sup> resulta de la tendencia generalmente observable en el lenguaje hablado de reducción fónica por razones de economía lingüística, principio que lleva a la conocida evolución circular en la diacronía de las lenguas<sup>27</sup>:



Dada la tendencia a la reducción fónica en el lenguaje oral por parte de los hablantes y a la necesidad de segmentación para la comprensión por parte del oyente, se pueden observar procesos de reducción fónica junto a procesos de enriquecimiento morfológico (o «semantático», en la terminología de Helmut Lüdtke), procesos cuyo resultado diacrónico son reducciones como lat. *aqua* > fr. *eau* [o]; lat. *hodie* > fr. ant. *hui*; lat. *augustus* > fr. *août* [u(t)], etc., que se compensan con procesos de ampliación semantática cuyo resultado son formas como *de l'eau*, *aujourd'hui*, *le mois d'août* etc.

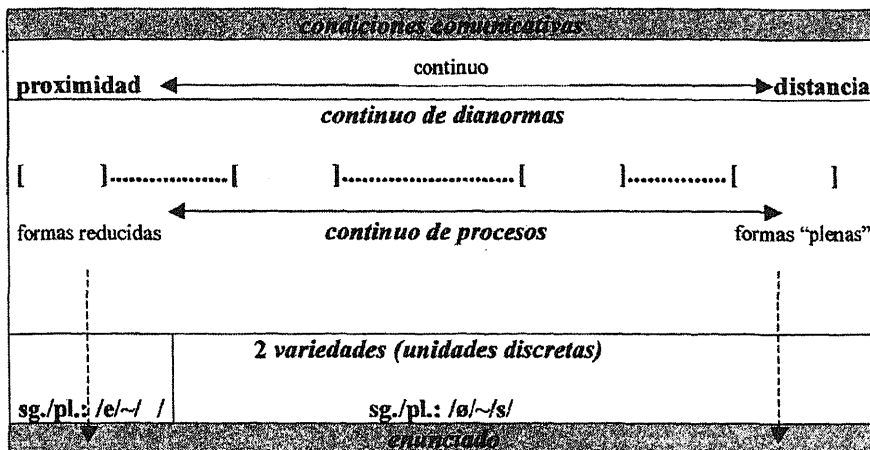
5. Lo que he pretendido demostrar en las líneas precedentes es que en los trabajos sobre la oralidad y su relación con la lingüística variacional hay que partir siempre de un modelo teórico plurifacético que debería prescindir de elevar aspectos parciales al rango de lo absoluto, negando a la vez otros. En vez de

negar la existencia de estructuras y de sistemas, habría que describir precisamente dónde existen y dónde funcionan, no como productos casualmente emergentes del discurso, sino como fundamento de la creación lingüística. Esto no excluye la existencia del «usage», de la norma más allá del sistema también como criterio de la organización «externa», por parte de los hablantes, de las dimensiones de variación en lo que he llamado las *dianormas*. Tampoco excluye la existencia de procesos performativos orales de transformación, procesos determinados, a su vez, por las condiciones pragmáticas del hablar entre proximidad y distancia que «recomiendan» al hablante la selección entre distintas tradiciones del hablar asociables a distintas variedades. Combinando el continuo entre «proximidad» y «distancia» con la existencia de procesos y variedades, podemos llegar al siguiente esquema de actuación comunicativa:



El acto comunicativo comprende, pues, la selección de una tradición lingüística determinada según los criterios de proximidad y distancia. Esta tradición no existe de forma aislada, sino que es relacionable, en parte, con otras tradiciones a través de procesos de realización. En el nivel fónico y en comunidades de presencia de la lengua escrita, estos procesos asocian frecuentemente las formas del polo de distancia con las formas «plenas» de la lengua escrita, mientras que las formas del polo de proximidad suelen permitir reducciones. Las respectivas tradiciones corresponden, a su vez, a variedades funcionales estructuralmente determinables. Para volver al ejemplo de la marca del plural en el andaluz oriental, podemos distinguir un continuo de tradiciones coexistentes en la comunidad (y a veces en las realizaciones de un mismo hablante) que va desde la realización de un plural como en español estándar hasta la realización que marca el plural únicamente a través de la calidad vocálica, pasando por un continuo de formas intermedias con distintos grados de aspiración de la consonante final. Estas tradiciones están relacionadas entre sí por un posible proceso fonológico. Al continuo de las normas y el correspondiente proceso, también continuo, le corresponden, a nivel funcional del sistema, dos variedades sistemáticamente separadas por una línea

discreta, ya que el plural o se marca por unas (incluidas las variantes aspiradas) o por la calidad de la vocal.



Habría que añadir que a nivel del enunciado, no sólo se puede realizar una variedad sino que, precisamente dada la copresencia de variedades o tradiciones, incluso en el mismo enunciado de un mismo hablante pueden aparecer diferentes formas, a veces análogas a cambios de las condiciones comunicativas, a veces, por lo menos aparentemente, aleatorias. Cabe observar además que sólo una parte de las relaciones entre las tradiciones es fruto de un proceso (como p. ej. el proceso *-ado* > *-ao* en español), mientras que otros corresponden a selecciones discretas de sistemas, como la selección de ciertos elementos gramaticales o léxicos. Otra cuestión es la de la copresencia real de distintas formas en la competencia de un hablante. En ocasiones, no es fácil saber si estamos ante una selección de una forma distinta existente como tal en el acervo de variedades o ante un proceso: si un andaluz oriental distingue singular y plural a través de la calidad vocálica y no por la consonante final, esto puede explicarse como proceso o como selección de otra estructura. Pero es justamente en estos casos de ambigüedad en los cuales reside la explicación diacrónica del paso de un proceso a un sistema nuevo: lo que para el hablante puede ser una variedad con consonante plural subyacente eliminada en un proceso, para el oyente ya puede ser un sistema cuya distinción de número se basa en la calidad vocálica. El reanálisis hace que del proceso se pueda pasar a una estructura nueva<sup>28</sup>. Con todo, existen para la investigación lingüística, indicios que permiten averiguar si un enunciado es resultado de un proceso o si corresponde directamente a una forma subyacente, en primer lugar las ultracorrecciones, que son aplicaciones de procesos (o de procesos inversos) a casos que, en realidad, proceden de otras formas.

6. En la historia de la lingüística, se ha dado la tendencia, en las explicaciones estructurales, a considerarlas como absolutas y a dar por supuesto que corresponden a la competencia de los hablantes. En la tradición de la lingüística generativa (y hasta en las últimas tendencias de la teoría de la optimalidad), también se supone que si el modelo de una gramática lleva a la producción de enunciados juzgados como correctos por hablantes de una lengua, este modelo será adecuado y correspondiente a la competencia.

Un modelo de gramática adecuada debe, en primer lugar, corresponder a las realizaciones efectivas de los hablantes, y la observación de los propios hechos lingüísticos nos permite concluir que hay tanto un acervo de tradiciones o *normas* como procesos que las interrelacionan, así como estructuras asociables a ellas, y aunque sea a veces difícil determinar cuál es la relación entre estos niveles copresentes, no podemos negar su existencia.

Si volvemos a pensar en el ejemplo inicial de las vocales caedizas mexicanas, habrá que insistir nuevamente en el hecho de que el lugar de desarrollo de los procesos de reducción fónica descritos es la oralidad. Los procesos corresponden en parte a condiciones universales, a la fisionomía del aparato articulatorio y a la tendencia universal a la economía del hablar, pero en parte también a tendencias tipológicas que pueden divergir entre sí, como es el caso en el mundo hispánico, un mundo que muestra tendencias de procesos divergentes a nivel de las variedades correspondientes al lenguaje de proximidad frente a una gran unidad en el lenguaje de distancia, apoyada sobre todo en la unidad de la lengua escrita. Estas tendencias forman nuevas normas, que a su vez pueden llevar a sentar la base de nuevos sistemas. Sin embargo, también lo contrario puede ser cierto: los hablantes pueden igualmente aplicar, por lo menos en parte, procesos lingüísticos en sentido contrario, para llegar de las variedades de proximidad a las de distancia. Ambas tendencias coexisten siempre en una especie de mezcla entre equilibrio y tensión, que puede llevar, a largo plazo, a fenómenos de divergencia o de convergencia. Queda por descubrir, en un mundo cada vez más globalizado, si son los procesos divergentes nacidos en la oralidad los que predominarán o si serán en cambio los convergentes del lenguaje de distancia; pero siempre que estos procesos se investiguen, habrá que hacerlo por medio de análisis exhaustivos teniendo en cuenta la complejidad de la relación entre las variedades y sus relaciones con la variación lingüística en su totalidad.

---

<sup>1</sup> J. Kabatek, «México frente a Madrid: Aspectos fonéticos del habla de los taxistas en dos capitales hispanas», *Iberoamericana* 2 (54), 1994, p. 5-15.

<sup>2</sup> W. Labov, *Principles of Linguistic Change. I: Internal Factors*, Oxford, Blackwell, p. 78 y ss.

- <sup>3</sup> Estas «innovaciones» son, en el caso de ciertos grupos consonánticos cultos, en realidad *conservaciones* de una tendencia popular en contra del influjo culto.
- <sup>4</sup> La visión estructural del funcionamiento de los sistemas lingüísticos y su aplicación sistemática a todos los campos de estructuración del lenguaje ha sido quizá el logro principal de la lingüística del siglo XX; al final del cual quedaron, junto a los que por tradición siguen la vía estructuralista, duras críticas antiestructuralistas y un cierto desprecio generalizado hacia la perspectiva estructural considerada por muchos como anticuada, artificial e inadecuada. Estoy firmemente convencido de que la negación de los logros del estructuralismo supondría uno de los mayores retrocesos de la lingüística actual y que una de sus tareas principales consiste más bien en la combinación de la visión estructuralista con otras perspectivas sobre el lenguaje.
- <sup>5</sup> Véase, p. ej., «Wenn Einzelsprachen verschriftet werden, ändern sie sich. Gedanken zum Thema Mündlichkeit und Schriftlichkeit», en G. Berkenbusch; C. Bierbach (eds.), *Soziolinguistik und Sprachgeschichte: Querverbindungen. Brigitte Schlieben-Lange zum 50. Geburtstag von ihren Schülerinnen und Schülern überreicht*, Tübingen, Narr, 1994, p. 175-187; «Sobre el nacimiento del castellano desde el espíritu de la oralidad (apuntes acerca de los textos jurídicos castellanos de los siglos XII y XIII)», en C. Company; A. González ; L. von der Walde Moheno (eds.), *Discursos y representaciones en la Edad Media (Actas de las VI Jornadas Medievales)*, México D.F., UNAM, El Colegio de México 1999, p. 169-187. «L'oral et l'écrit, quelques aspects théoriques d'un « nouveau » paradigme dans le canon de la linguistique romane», en W. Dahmen; G. Holtus; J. Kramer; M. Metzeltin; W. Schweickard; O. Winkelmann (eds.), *Kanonbildung in der Romanistik und in den Nachbarwissenschaften. Romanistisches Kolloquium XIV*, Tübingen, Narr, 2000, p. 305-320.
- <sup>6</sup> «L'étude synchronique n'a pas pour objet tout ce qui est simultanément, mais seulement l'ensemble des faits correspondant à chaque langue; dans la mesure où cela sera nécessaire, la séparation ira jusqu'aux dialectes et aux sous-dialectes.» F. de Saussure [1916], *Cours de Linguistique Générale*, édition critique préparée par T. de Mauro sur la base de l'édition originale de Bally, Sechehaye et Riedlinger de 1916, Paris, Payot, 1972, p. 128.
- <sup>7</sup> L. Flydal, «Remarques sur certains rapports entre le style et l'état de langue», *Norsk Tidsskrift for Sprogvidenskap* 16, 1951, p. 240-257.
- <sup>8</sup> Cf. E. Coseriu, «Los conceptos de 'dialecto', 'nivel' y 'estilo de lengua' y el sentido propio de la dialectología», *Lingüística española actual*, III/1, Madrid 1981, p. 1-32.
- <sup>9</sup> Las tres dimensiones siempre están presentes de manera simultánea: cada acto de habla siempre se sitúa en un punto determinado por los tres ejes.
- <sup>10</sup> Según los postulados tradicionales de Saussure (loc. cit., p. 45): «Langue et écriture sont deux systèmes de signes distincts. L'unique raison d'être du second est de représenter le premier» o de L. Bloomfield, *Language*, New York, Holt, Rinehard and Winston 1933, 21: «writing is not language but merely a way of recording language by means of visible marks».
- <sup>11</sup> Véase p. ej. K. Nabrings, *Sprachliche Varietäten*, Tübingen, Narr, 1981.



- <sup>12</sup> P. Koch, 'Gesprochen / geschrieben – eine eigene Varietätendimension?', en N. Greiner, J. Kornelius; G. Rovere (eds.), *Texte und Kontexte in Sprachen und Kulturen*, Trier, Wissenschaftlicher Verlag, 1999, p. 141-168.
- <sup>13</sup> Del mismo modo, algunos creen que han encontrado una solución terminológicamente «elegante» cuando dicen que el español de América y el español de España son «dos normas de un sistema», o cuando lo mismo se afirma del gallego y del portugués. Pero basta, por definición, con la mera existencia de un hecho estructural distinto (como p. ej. el *seseo* en el caso del español o de las sibilantes sonoras en el caso del portugués) para tener que hablar de dos sistemas. Lo que pretende ser una solución elegante no es más que una cruda confusión terminológica.
- <sup>14</sup> Es preferible el plural ya que las normas no están sistemáticamente organizadas, no forman un «sistema de normas» sino un continuo de ellas.
- <sup>15</sup> Véanse, entre otros, «Sprache der Nähe – Sprache der Distanz. Mündlichkeit und Schriftlichkeit im Spannungsfeld von Sprachtheorie und Sprachgeschichte», *Romanistisches Jahrbuch* 36, 1985, p. 15-43, *Gesprochene Sprache in der Romania: Französisch, Italienisch, Spanisch*, Tübingen, Niemeyer, 1990, «Schriftlichkeit und Sprache», en Günther, Hartmut / Ludwig, Otto (eds.), *Schrift und Schriftlichkeit. Ein internationales Handbuch / Writing and its Use. An international Handbook*, 2 vols., Berlin / New York, De Gruyter, Vol. I., 1994, p. 587-604; «Sprachwandel und expressive Mündlichkeit», en *Zeitschrift für Literaturwissenschaft und Linguistik* 10, 1996, p. 64-96.
- <sup>16</sup> Los procedimientos de formación de palabras del alemán permiten la creación de ciertos términos que parecen verdaderos monstruos en sus respectivas traducciones románicas —aún así, los adopto aquí dado su uso por los propios autores.
- <sup>17</sup> El esquema se encuentra por primera vez en el artículo mencionado de 1985 y posteriormente en varios trabajos y en distintas lenguas.
- <sup>18</sup> Los autores evitan el término variación *diamésica*, usual en la tradición variacional italiana, ya que puede volver a la confusión entre medio y concepción (cf. Koch 1999, 143 nota 3).
- <sup>19</sup> El esquema está adoptado de Koch / Oesterreicher 1990, p. 15.
- <sup>20</sup> Cf., entre otros, R. Kiesler, «Français parlé = französische Umgangssprache?», *Zeitschrift für Romanische Philologie* 104, 336-346; J. Albrecht, «Écrit / parlé, soutenu / relâché», en J.-M. Barbéris (éd.), *Le français parlé – Variétés et discours*, Heidelberg, Praxiling 1999, p. 229-236; J. Kabatek, *L'oral et l'écrit...*
- <sup>21</sup> J. Albrecht, « 'Substandard' und 'Subnorm'. Die nicht-exemplarischen Ausprägungen der 'Historischen Sprache' aus varietätenlinguistischer Sicht », I, en G. Holtus / E. Radtke (eds.), *Sprachlicher Substandard*, Tübingen, Niemeyer, 1986, p. 65-88 et II, en G. Holtus; E. Radtke (eds.), *Sprachlicher Substandard III*, Tübingen, Niemeyer, 1990, p. 44-127.
- <sup>22</sup> *L'oral et l'écrit...*, p. 315 y ss.
- <sup>23</sup> *L'oral et l'écrit...*, p. 315 y ss.

- <sup>24</sup> Hay dos tipos de tales continuos: un continuo cualitativo (gradual de realizaciones) y un continuo cuantitativo (de frecuencia de una u otra realización). En el caso de elementos privativos, sólo el segundo tipo de continuo es posible, mientras que en el caso de elementos graduales, ambas posibilidades existen.
- <sup>25</sup> Según el principio de la «richness of the base»; cf. R. Kager, *Optimality Theory*, Cambridge University Press, 1999.
- <sup>26</sup> Cf. p. ej. J. W. Harris, *Spanish Phonology*, Cambridge / Mass., MIT, 1969, p. 7.
- <sup>27</sup> Cf. H. Lüdtke, «Sprachwandel als universales Phänomen» en H. Lüdtke (ed.), *Kommunikationstheoretische Grundlagen des Sprachwandels*, Berlin-New York, De Gruyter, 1980, p. 1-19.
- <sup>28</sup> Cf. R. W. Langacker, «Syntactic Reanalysis», en Ch. N. Li (ed.): *Mechanisms of syntactic change*, Austin, University of Texas, 1977, p. 57-139. B. Heine, U. Claudi, F. Hünemeyer, *Grammaticalization: A Conceptual Framework*, Chicago, The University of Chicago Press, 1991, 219, P. Hopper, E. C. Traugott, *Grammaticalization*, Cambridge, CUP, 1993, 219, U. Detges, R. Waltereit, «Grammaticalization vs. Reanalysis. A semantic-pragmatic account of functional change in grammar», *Zeitschrift für Sprachwissenschaft* (en prensa).